JOSÉ MARÍA GARRIDO

La misma sangre

DRAMA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

A Juanito Piedra
que igual y con
la misma maestría que
interpreta un galán
un característico.
¡Es mucho cómico! (¡Como
conoce a Pores!)
Con un abrazo de
J. M. Sarmiento
XXIII

LA MISMA SANGRE

LA MISMA SANGRE

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ MARÍA GARRIDO

Estrenado por la compañía **Plá-Ibáñez** en el **Teatro Real** de Gibraltar, la noche del 18 de enero de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1919

¡Para mi pobre hermano Ricardo!

Con el beso—que por mi ausencia—no pude darte al morir.

Vivirás eternamente en el corazón de tu afligido hermano

José María.

CARTA

a mis cariñosos y queridísimos tíos

Vicente, Ricardo y Fernando Granell Peris

Una triste desgracia, la reciente e inesperada muerte de mi pobre hermano Ricardo, que, víctima de traidora enfermedad y cuando la Vida *le ofrecía algún encanto, la despiadada e insaciable* Muerte *nos lo ha arrebatado, ha venido a sumirnos a toda la familia en inconsolable pena y a cambiar la dedicatoria que debió llevar* La misma sangre.

¡Bien triste para mí es el cambio!

Para ustedes era; en ustedes pensé desde el primer momento; pero... el beso que a su tumba ha llevado de menos mi desgraciado hermano, el beso de eterna despedida que mis labios debieron depositar en su frente fría... en el postrer instante, va a llevárselo ahora La misma sangre.

¡Pobre hermano mío!

Por más que quiero, no puedo resignarme a la idea de haberle perdido para siempre, no puedo: creo que no ha muerto; que le veré algún día... Si mil años viviera, los mil los viviría con esta ilusoria esperanza.

Pero... ¡ya no volverá! ¡se fué para no volver jamás!... ¡Qué triste es reconocerlo!

Ustedes, mis queridos tíos, no se enojen porque les quite lo que por derecho propio les pertenecía; yo, no solamente creo que no se enojarán, sino todo lo contrario, que me lo han de agradecer, como igualmente—y no poco—ha de estar ya agradeciéndoselo él desde el Cielo. ¿Verdad, Ricardo?

¡Pobre hermano mío!

¡Dios le tenga en su Santísima Gloria!

Les abraza fuertemente su sobrino

José María

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARLOTA	Carlota Plá.
VICTORIA	Carlota Ibáñez Plá.
AGUEDA	Amalia Gómez-Larxé.
TOMASA	María Melgarejo.
MARÍA	Amelia Latorre.
ADELITA	Marina Marco.
FERNANDO	Miguel Ibáñez.
RICARDO	Manuel Rodrígo.
PERICO	Luis P. Vilar.
EMILIO	José Rodríguez.
MOSÉN FLORENCIO	José Martí-Mateu.
GREGORITO	José Pardillo.
EL ALCALDE	Juan Piédrola.
EL SECRETARIO. (No hablan).	Enrique Vidales.
UN HOMBRE.... (No hablan).	Custodio Marco.

La acción en un pueblo de la provincia de Teruel. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Patio en una casa pueblerina, bien cuidado, con profusión de macetas y tiestos con flores que han convertido en jardín lo que en un tiempo fué corral para solaz y recreo de toda clase de aves, incluso las Aves... Marías, que todavía hoy siguen rezándose por la noche.

A la izquierda, fachada de la casa, con un hermoso emparrado que casi cubre por completo la puerta principal. Completa esta fachada un balcón practicable y dos ventanas, todo muy alegre, muy vistoso.

En el foro, tapia cubierta por frondosa enredadera. Si levantamos la vista (¿por qué no?), veremos en el mismo telón que esté pintada la tapia—suponiendo que esta sea pintada—una parte del pueblo, continuación a la fachada de la izquierda que da a una bien cuidada carretera.

Lo hacemos constar así, porque a la derecha—de la que todavía no habíamos dicho nada—hay una verja de madera con puerta enmedio, que da a la ya citada carretera. Aquí también debe haber otro telón, que nos ofrezca la perspectiva de una hermosa huerta que nace a la otra parte de la carretera. Y también (si el pintor quiere), parte del río que separa la huerta del monte que hay más allá, por encima... (perdonen la triplicidad) de la huerta.

En escena, una mesa bajo el emparrado, sillas y algún banco.

Empieza el acto al atardecer de un día del mes de Mayo.

ESCENA PRIMERA

EMILIO, MOSÉN FLORENCIO, GREGORITO y RICARDO sentados alrededor de la mesa y jugando al tute. TOMASA regando las macetas. Poco después CARLOTA por el balcón. Más tarde PERICO por la puerta principal con dos cubos llenos de agua

CARL. (Dentro y cantando.)

Rabiando los días paso
esperando al que no llega,
¡cuándo querrá Dios del cielo
que mis ojillos le vean!

MOSÉN ¡Fallo!

GREG. ¡Pero otra vez!... ¿Es que la ha tomao usted conmigo?

EMILIO Juega y calla.

TOM. (Que ha dejado de tararear para continuar después, grita.) ¡Perico!...

MOSÉN Veinte en bastos.

GREG. ¡Releñe con el señor Cura! Entre usted y esa (Por Tomasa) me traen loco esta tarde con tanto cante.

EMILIO ¡Qué renegón estás, contra! Oros.

MOSÉN ¿En qué he cantao las veinte que no me acuerdo?

GREG. En lo que le voy yo a dar a esa como no calle.

MOSÉN ¡Ah, sí; en bastos!

TOM. ¡¡Pericooo!

GREG. ¿Pero te quiés callar, condená?

TOM. Si es que se debe haber dormío ese.

EMILIO ¿Quién?

TOM. Perico.

GREG. Pues ve a buscarle.

EMILIO ¡No! ¡Que no vaya!

GREG. ¿Por qué?

EMILIO Porque el otro día fué a buscarle porque también creyó que se había dormío, y si no voy yo con una estaca a espabilarlos entavía estarían los dos en la cuadra.

GREG. ¿Durmiendo?

EMILIO ¡Besándose, contra!

TOM. ¡Calumnias! No lo crean. Es una groma del amo. Estábamos dormíos.

EMILIO ¿Dormíos y oí cómo le decías que te diera otro en el otro moflete pero sin apretar tanto porque te hacía daño con el pelo de la barba?

TOM. Porque estaría ensoñando.

EMILIO Pues como otro día os encuentre juntos en la cuadra y ensoñando, sus corto las orejas.

TOM. (Por cortar por lo sano.) ¡¡Perico!!

MOSÉN Habrá que casarlos. ¿Qué salió en la última baza?

GREG. Espadas.

CARL. (Ya en el balcón y regando las macetas vuelve a cantar)

Si fuera mi personita
ande va mi pensamiento,
a tu lado, maño mío,
me tendrías tóo el tiempo.

MOSÉN ¡Qué cantaora está hoy la perla de la casa! Se conoce que está contenta.

GREG. ¡Toma! Y yo si fuera ella.

MOSÉN Y eso, ¿por qué, Gregorito?

GREG. ¡Ridiez! ¿Está usted ciego? (Por Ricardo.) No ve usted que tié aquí a su...

RIC. No es por mí... No tengo yo esa suerte.

GREG. ¡Contra! ¿Pero otra vez está usté fallo a copas, señor Cura?

MOSÉN Eso te demostrará que no soy como dicen

GREG. ¿De qué?

MOSÉN De que no puedo pasar sin ellas. Pero, ¿qué demontre es esto? (Secándose el agua que gota a gota, le ha estado dejando caer Carlota en la cabeza desde el balcón.) ¡Esa chicuela, que le ha de gustar siempre hacerme rabiar!... ¿Quieres no mojarme más, loquilla?

CARL. Ha sío sin querer, mosén Florencio. ¡Ja, ja, ja!...

MOSÉN Tú bajarás, diablillo. No te rías, no te rías, porque si yo subo ..

CARL. ¿Qué? ¿Qué haría usté, mosén Florencio?

MOSÉN No bajar. ¡Porque se debe estar tan requete bién en la gloria.

CARL. ¡Ja, ja, ja!

GREG. ¿Sabe que es usté terrible, señor Cura?

MOSÉN ¿Por qué, Gregorito?

GREG. Porque igual piropea a una muchacha, que falla un as de copas.

CARL. Por eso da gusto hablar con él. No son lo

mismo ustedes, que para que nos piropeen hace falta que se les pinche primero.

RIC. — No todos. Yo, por ejemplo, te diría cincuenta mil por minuto, pero todos los que se me ocurren, todos los habidos y por haber, me parecen poco para quien como tú reúne tanta belleza.

CARL. — Ya casi estoy arrepentida de lo que dije.

MOSÉN — Para que luego hables.

GREG. — Bueno, señores; ¿esto es una partida de tute o un concurso de piropos?

CARL. — En vez de protestar mejor fuera que quisiera más a su novia.

GREG. — Si fuera tan repreciosa como usté, desde luego.

EMILIO — Señores... señores, que me van ustés a obligar a que piropee a mi hija, contra

MOSÉN — ¿Y quién con más derecho que ella?

TOM. — ¡Perico!...

PER. — Ya vengo. (Sale precipitadamente, tropieza y van rodando por el suelo él y los dos cubos.) ¡¡Ridiós!!

TODOS — ¿Eh?

EMILIO — Tarde, pero... llegó. ¡Pero qué borrico me has salío, maño!

PER. — Si es que... ha sío que... como me...

EMILIO — Pero tú cuando vas por agua, ¿qué haces pa tardar tanto?

PER — Es que cuando ya entraba por la puerta de la calle m'hi encontrao con doña Celestina...

GREG. — ¿Celeste? ¿Celeste Imperio?

PER. — Sí, doña Celeste.

EMILIO — ¿Y por eso venías corriendo?

PER. — Es que al verme mi dijo: «Ya te pesqué. Ahora sí que ti toreo.» Y me ha dao un pase.

EMILIO — ¿Qué dices?

PER. — Lo que ustés oyen; que me ha dao un pase.

GREG. — ¿Un pase Celeste Imperio?

PER. — Obligao, porque yo no quería de ninguna manera.

EMILIO, — Bueno, pues otra vez ven más pronto y no ti dejes torear si no quiés que te mate.

RIC. — Bien, ¿pero jugamos u no jugamos?

MOSÉN — ¿No ti parece que hemos jugao bastante mañico?

TOM. — (Pellizcando a Perico.) Conque doña Celeste, ¿eh? ¡Toma!

PER. — ¡Ay!

TOM. ¡Ya te lo diré yo cuando estemos solos en la cuadra!

PER. ¡Dispués que casi me mato!...

ESCENA II

DICHOS y AGUEDA

AGUEDA (Saliendo.) Pero maños, pero maños, ¿entavía no habéis jugao bastante?

EMILIO Ya lo íbamos a dejar.

AGUEDA Que el coche está a la llegada.

EMILIO Aún tardará en llegar más de media hora.

AGUEDA Pero, ¿es que no piensas adecentarte un poco?

EMILIO Mujer... hay tiempo.

AGUEDA ¡Eso de que nunca tengas prisa!... Pues no te descuides si piensas vestirte. Encima de la cama tienes el traje. Y vosotros (A Tomasa y a Perico.) dejarse eso y a ponerse la mejor ropa que tengáis.

PER. Me parece que yo no me la voy a poder poner.

AGUEDA ¿Por qué?

PER. Porque el mejor traje que tengo es el que me hicieron pa tomar la comunión. Y como he crecío...

AGUEDA Pues ti pones otro.

PER. Si no tengo más que ese.

AGUEDA Como has dicho el mejor, yo creí que tendrías otro.

PER. He dicho el mejor porque es el único que tengo.

AGUEDA Bueno, pues ti lo pones como sea. Dejar eso ya.

PER. (A Tomasa.) Pues vámonos, tú. (Mutis Tomasa y Perico por la casa.)

ESCENA III

DICHOS, menos TOMASA y PERICO

AGUEDA ¡Qué entusiasmo, Emilio!

MOSÉN ¡Merecido, merecido! El chico tié ofrecido al pueblo una mejora, que sin él, sabe Dios lo que hubiéramos tardao en tenerla. Y cla-

ro, el pueblo sabe que al regresar de Inglaterra—terminada su carrera de ingeniero—va a hacerla, y como supone un gran sacrificio de trabajo y dinero, le corresponde como puede, preparándole un recibimiento entusiasta.

GREG. La música dice que también sale a recibirle.

MOSÉN ¡No faltaría más!

GREG. (Por Emilio y Agueda.) ¡Así están los padres de satisfechos!

EMILIO No es para menos.

AGUEDA Por todos conceptos. Primera: porque vemos el aprecio conque el pueblo nos tiene, y, segunda—y esto solo las madres lo sabemos—por abrazar un pedazo de nuestras entrañas, al que no vemos hace diez años.

MOSÉN Justo... justo

GREG. ¿Y va a emprender en seguida las obras?

EMILIO Eso nos dijo en su última carta que entregamos al alcalde para que la hiciera pública.

GREG. De manera que dentro de dos meses tendrá el pueblo abrevadero y fuente con agua potable.

MOSÉN Que no es poco.

GREG. ¡Ya era hora que dejáramos de beber agua del río!

MOSÉN Ya es trabajo el que se ha impuesto el muchacho, ya.

EMILIO Ahí es nada, traerla de tan lejos. Y to sin que al pueblo le cueste un cuarto.

MOSÉN ¡No es desagradecido el chico, carape! ¡Y eso es ser un buen hijo! Estas casas le vieron nacer y a ellas les ofrece las primicias de su carrera, de sus años de estudio, con una obra que, desde que se pensó—hace quince años—no ha habío ningún diputao que la llevara a efecto. ¿Es eso ser un buen hijo o no, carape?

AGUEDA ¡Yo estoy qué reviento de alegría!

GREG. ¡Reviente, reviente, contra. Porque yo no soy su madre y no sé cómo no he riventao ya. ¿Que no es para ello? Lo que él hace no lo haría nadie. Miren que el diputao que ahora tenemos lo prometió veces. ¿Lo ha cumplío? ¿Lo ha cumplío otro? Pues contra, si no lo ha podío hacer nadie y ahora lo

hace él, es acreedor a que ahora se le reciba como se le va a recibir y se le ponga una estatua en mitad de la plaza. Yo poco valgo, pero si mis discípulos—los niños que tengo en la escuela—pueden algo, de rodillas se lo voy a pedir a tóos para que la estatua se li levante.

EMILIO No es pa tanto... no es pa tanto.

GREG. No ha de serlo, contra. Y ahora me voy a vestir de gala pa recibirle. Quien como él va a traer al pueblo la riqueza y la salud, bien lo merece. Hasta luego, hasta luego. (Mutis por la puerta que da a la carretera.)

ESCENA IV

MOSÉN FLORENCIO, EMILIO, AGUEDA y RICARDO. A poco CARLOTA, que a la salida de Perico hizo mutis

MOSÉN ¡Qué bueno y qué entusiasta es este Gregorito!

AGUEDA No en balde le quieren tóos como le quieren.

MOSÉN Bueno, y yo no voy a ser menos que los demás. Voy a ponerme la mejor sotana y a recibirle.

AGUEDA ¡Que mosén Florencio este!

MOSÉN ¿Vamos, Ricardo?

RIC. (Que ha estado paseando, nervioso.) No; yo me quedo aquí. Como yo no he de vestirme, esperaré a que los padres del esperado lo estén, para salir juntos

MOSÉN Pues hasta luego. (Mutis por la carretera.)

EMILIO Adiós, cura.

AGUEDA Hasta luego, mosén Florencio.

EMILIO (A Ricardo.) ¿Qué dices tú? ¿Que nos vas a esperar?

RIC. Sí; aquí aguardo.

AGUEDA Es cuestión de poco.

EMILIO Bueno, pero no nos vas a esperar tóo el tiempo de pie, ¿verdad? Siéntate, por si nos entretenemos una miaja.

CARL. (Saliendo.) ¡Ea! Ya terminé. Lo he dejao tóo más limpio que una patena. (A Ricardo.) Buenas tardes, Ricardo.

RIC. (Secamente.) Buenas tardes.

AGUEDA Bien, volvemos en seguida.

EMILIO Sí; vamos a vestirnos que ya se va haciendo hora.

AGUEDA (Por Ricardo.) ¿Estáis reñíos?

CARL. No; no sé...

AGUEDA (Haciendo mutis con Emilio por la casa,) Malo, malo; cada día me gusta menos éste.

ESCENA V

CARLOTA y RICARDO

CARL. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

RIC. Nada.

CARL. ¿Te molesta hablar conmigo? ¿No quiés que te hable? ¿Tienes algún resentimiento conmigo?

RIC. No... nada.

CARL. ¿Por qué me hablas así?

RIC. ¿Cómo quieres que te hable?

CARL. ¿Que cómo quiero que me hables? Como me has hablao siempre, como yo te he hablao a ti hasta hoy: con alegría, con entusiasmo, ¡con cariño!

RIC. Eso te lo he tenío yo siempre.

CARL. Pues hoy nadie lo creyera. ¿Estás arrepentío de haberles hablao a los que para mí son hoy mis padres? ¿Es ese tu disgusto? Dilo con franqueza. ¿Tanto me quieres que sientes haberte comprometío con ellos a casarte conmigo?

RIC. No... no es eso.

CARL. Pues si no es eso, ¿qué es entonces? Hace tres días que a ruegos míos, ha habértelo implorao de rodillas con los ojos arrasaos de lágrimas, les hablaste a esta pareja de santos, que de niña me recogieron y tan buenos padres han sío pa mí. A ellos les confesastes nuestras relaciones, y ellos, satisfechos, accedieron en seguida, porque ese era mi gusto. ¿Qué tienes desde ese día que no he oído de tu boca una frase de cariño? ¿Por qué esa aspereza al hablarme? ¿Tan mal me porto yo contigo pa que así me trates?

RIC. ¿Cómo te trato yo? Como siempre. Solo que hoy estoy de malhumor.

CARL. ¡Ay, Ricardo! ¡Qué más quisiera yo que eso fuese malhumor!

RIC. ¿No quieres que lo sea?

CARL. No; no quiero, no. No lo es. Eso lo sabes tú mejor que yo. Diciendo eso no me engañas a mí, te engañas tú mismo. No me quieres ya, no me has querido nunca.

RIC. Eso no, Carlota.

CARL. ¡Eso sí, Ricardo!

RIC. (Resuelto, como quien ha encontrado la forma de decir lo que no se atrevía.) Pues bien, si tan segura estás, ¿por qué no me dejas?

CARL. ¿Qué dices?... ¿Que te deje?... ¿Que yo te deje?... ¿Pero crees tú que eso es posib'e? ¡Habla!... ¡Habla! ¿Crees que después de dar la honra, ¡la honra, sí!, como yo te la he dao a ti, te puedo dejar? ¡Qué malo eres!

RIC. ¿En ese concepto me tienes?

CARL. ¿Y qué concepto quieres que tenga de qüien como tú pide que le deje la que se lo ha dao tóo?

RIC. Bueno, bueno; calla. No es este el lugar más apropósito para recriminaciones.

CARL. No son recriminaciones, es defender mi vida, mi honra.

RIC. Bueno, ¡acabemos! ¿Qué quieres? ¿Una explicación?

CARL. Con una explicación no se paga lo que tú me has robao. Te quiero a ti; que te cases conmigo, como lo prometiste hace tres días a mis padres, como me lo juraste a mí.

RIG. ¿Y quién te ha dicho que no? Yo lo único que te he dicho es que estaba de malhumor, que estaba resentío contigo.

CARL. Me lo dices ahora.

RIC. Bien, te lo digo ahora. Tú sabes que yo no quería hablar a tus protectores, a tus padres, hasta más adelante; tú me obligaste a que fuera entonces... Y eso me molestó.

CARL. ¿Y qué más daba hace tres días que dentro de un mes?

RIC. Nada... Pero tú sabes que nuestras relaciones eran ignoradas de tóos hasta hace tres días... Y eso es tóo, que no quería dar a ellas publicidad.

CARL. ¿Acaso es un crimen el que sepan que tienes relaciones conmigo?

RIC. No es eso...

CARL. ¿Pues qué es? Habla claro, habla claro, porque vas a hacer que sospeche...

RIC. ¿De qué?

CARL. De que tu única intención ha sío .. ¡Pero si no puedo creerlo, Virgencica mía! Si no puedo creerlo. ¡No es posible que en el mundo haya hombres tan ruines!

RIC. ¡Mira lo que dices, que ya me estoy cansando yo, ea!

CARL. No te enfades, no te enojes conmigo; pero tú no me dejarás, ¿verdad?; no puedes dejarme, me quieres, me has querío siempre; si tóo lo que dices no lo sientes, es que estás disgustao y por eso me hablas así, ¿verdad que es por eso? Pues no te importe, desahoga conmigo tu malhumor, ríñeme, pégame; haz conmigo tóo lo que quieras, pero no me dejes... no me dejes. (Cae de rodillas, llorando, a los piés de Ricardo.)

RIC. Vamos, vamos; levanta y no llores. Estoy de mal humor, sí; por eso es to. Mira, cuando salgan tus padres les dices...

CARL. ¿Te vas?

RIC. Sí; necesito tomar aire, pasear...

CARL. Pero, ¿te vas resentío conmigo?

RIC. No.

CARL. ¿Vendrás después? Ya sabes que estás invitao. Si no quieres entrar, yo saldré y estaremos aquí. ¿Lo harás así?

RIC. Bien... ya veremos.

CARL. ¿También te molesta que te lo diga? Vendrás, ¿verdad que sí?

RIC. Bueno, sí. (Mutis por la carretera.)

CARL. (Dejándose caer encima de una silla.) No me quiere... no me quiere.

ESCENA VI

CARLOTA, MARIA y ADELITA

ADEL. (Desde la puerta de la carretera a su madre.) Mire, madre, allí está Carlota.

MARÍA (Desde la puerta llamando.) ¡Eh, maña! ¿Qué haces ahí tan solica?

CARL. ¿Eh? (Viendo a María y Adelita.) Pasen, pasen ustedes.

MARÍA ¡Ay, Carlota, ay, Carlota de mi vida! ¡Qué entusiasmo! Pro ¡qué entusiasmo! El chico se lo merece, ¿eh? Pero es que esto es una

cosa que entavía no se había conocío en el pueblo. El alcalde, los concejales, el cura, el médico, y to el pueblo, to el pueblo espera ya en la carretera la llegada del forastero.

ADEL. Yo no recuerdo haberlo visto en mi vía este entusiasmo.

MARÍA Es que tú no te puedes acordar de cuando yo vine al pueblo por primera vez.

ADEL. ¡Claro! Como que cuando usté vino era soltera.

MARÍA Por eso te decía la madre que no te puedes acordar. Pues bien; únicamente a entonces, a cuando yo vine, puede compararse este entusiasmo de ahora. Entonces, hasta las campanas tocaron.

ADEL. Usté ha oído campanas...

MARÍA Las oí, hija mía, las oí.

ADEL. Digo que usté ha oído campanas y no sabe dónde.

CARL. ¿Por qué no?

ADEL. Porque... ¿Usté no ha oído muchas veces ese refrán de «quien mucho habla poco calla»?

CARL. ¿Eh?

ADEL. Digo, «¿mucho miente»? Pues eso le pasa a mi madre. Porque tóo eso que dice, tóo, es mentira.

MARÍA Pero, ¿qué estás diciendo, mocosuela?

ADEL. (Sin hacerle caso.) ¿Usté cree que pa recibir a mi madre saldría la música y tocarían las campanas?

MARÍA Es que cuando yo vine llegué al mismo tiempo que el Obispo, que vino a bendecir el puente nuevo. ¿Te enteras?

ADEL. ¿Entonces no era por usté?

MARÍA ¡Claro que no era por mí! Nadie te ha dicho tal cosa.

ADEL. ¡Vaya una salía!

CARL. ¿Pero tan animao está eso?

MARÍA ¿No te he dicho que tóo el pueblo? Y vestíos ca uno con lo mejor de su baúl. Por cierto que ha pasao una cosa que tié la mar de gracia.

ADEL. ¡Ah, sí! Lo del chico de la Benita. ¿No lo sabe?

CARL. No, ¿Qué ha sío?

MARÍA Pues que nos ha dao un susto a tóos los que lo himos presenciao, que yo entoavía estoy nerviosa. La cosa ha sío que—lo que hace-

mos toas pa que no se nos apolille la ropa— la mujer del alcalde le puso unas bolicas de alcanfor en los bolsillos de la chaqueta que hoy lleva puesta. Seguramente, al notarlo él, las ha tirao, y como los chicos ven que tóos van de fiesta y no se enteran de las cosas, se han creído que es el santo del alcalde, y al tirar éste las bolicas, pues ha cogío el chico de la Benita una y se la ha comío creyendo que era un caramelo.

CARL. ¡Qué babaridad!

MARÍA ¡Claro! Como el muchacho ha notao mal gusto, si ha puesto a llorar y a gritar que estaba envenenao, ¡y no quieras saber la que se ha armao!

ADEL. El médico ha tenido que ir con él a la botica pa que don Esteban, el boticario, le diera un contraveneno.

MARÍA Y después que hubo devuelto hasta la última papilla, explicó lo que había sido, y entonces, ¡natural!, nos echamos tóos a reir.

CARL. No era pa menos.

MARÍA ¡Pero buen susto nos ha dao, redemonio!

ESCENA VII

DICHOS. EMILIO y AGUEDA por la casa

EMILIO ¡Hola! ¿Le estás contando lo del hijo de la Benita?

MARÍA Sí, señor; del susto que nos ha dao.

AGUEDA A nosotros nos lo acaba de contar el médico, que ahora volvía de la botica.

EMILIO Oye. ¡Qué compuestas os habéis puesto, mañicas!

ADEL. Ande, que ustedes...

AGUEDA La cosa no es pa menos. (A Carlota.) Y tú, ¿qué haces que no te pones aunque na más sea un pañuelo al cuello?

CARL. Ahora iba a ir.

AGUEDA Pues anda, que nosotras ahí fuera te esperamos.

CARL. Voy allá. (Mutis por la casa.)

AGUEDA ¿Vamos nosotras a ver lo que hay por ahí fuera?

EMILIO Sí, vamos.

MARÍA Está que da un estallío.

ÁGUEDA Pues vamos, vamos...

(Hacen mutis todos por la puerta de la carretera y salen Tomasa y Perico por la de la casa. Estos, como ya se ha dicho, vestidos con la ropa que tomaron la comunión. ¡Y así les está!)

ESCENA VIII

TOMASA y PERICO

PER. (Que sale todo indignado.) ¡Vamos a hacer tarde por tu culpa!

TOM. Total, porque me he entretenío una miaja poniéndome polvos.

PER. ¡Valiente miaja! ¡Y si yo no voy por ti entavía estarías empolvándote!

TOM. ¡Qué exagerao! Si no he hecho más que pasarme la borla.

PER. ¡Dice pasarse la borla y parece que va a representar una estatua en *Don Juan Tinorio!*

TOM. Cualquiera que te oiga creerá que llevo en la cara una arroba de polvos.

PER. ¡Como que si llueve se te hace barro!

TOM. Si tóos hiciéramos lo que tú, que por no mojarte las manos no te lavas nunca la cara, no hubiera tardao ni dos segundos.

PER. Esa no es cuenta tuya. Además, hoy te has equivocao, porque mi la he lavao. Desde que tengo conocimiento, esta es la segunda vez que me la lavo.

TOM. ¿Cuándo fué la otra?

PER. Cuando vino el obispo. Bueno; pues a pesar de eso, mira a ver lo que hi tardao en arreglarme. Y no dirás que estoy mal, ¿eh?

TOM. Lo que yo digo es que siempre soy la víctima. No haces más que reñirme. ¡Y cualquier día de un desgusto me muero!

PER. No seas tonta. ¡Si es de tanto que te quiero!

TOM. Pues por eso únicamente sentiría morirme. Porque si yo me muriera, ¿qué harías tú?

PER. Ir al entierro.

TOM. ¿Lo ves, lo ves como no me quieres? Tóo lo tomas a broma.

PER. ¿Que no ti quiero?... Anda, anda pa fuera a esperar al señorito Fernando.

TOM. Vamos cuando tú quieras.

PER. Y apropósito del señorito Fernando: como

yo me entere que te da algún pellizco, hemos acabao tú y yo pa siempre.

TOM. Por eso no ti preocupes, que si me lo da, ya ti lo diré yo.

PER. ¿Que me lo dirás tú?!.. Anda, anda p'alante, porque t'espachurro de un puñetazo. ¡Anda! (Hacen mutis los dos por la carretera, por un lado, y por el otro de la misma puerta entra Victoria, a tiempo que Carlota sale por la de la casa.)

ESCENA IX

VICTORIA y CARLOTA

VIC. (Viendo a Carlota.) ¡Dios me ha oído!

CARL. ¡Victoria! ¿Tampoco tú has querío quedarte en casa?

VIC. No. Ahora, que yo he salío en tu busca.

CARL. ¿En mi busca?

VIC. Sí. He estao espiando cerca de la puerta hasta ver salir a tóos, y como quería hahablarte a ti sola, sin más testigos que Dios, te ruego esperes un poco y escuches lo que voy a decirte.

CARL. ¿Pues qué te pasa?

VIC. Sé que es la mía una pretensión que sólo tú, que tan buen corazón has demostrao tener siempre, es capaz de satisfacer. Perdona si en día tan alegre para ti llega a nublarlo esta desgraciada que, llevada de su cariño por un hombre, ciega por él, le entregó... Pero, no; escúchame, escúchame...

CARL. No sé hasta dónde pueda llegar el alcance de tus palabras; pero cualquiera que sea el favor que de mí solicites, tenlo concedío por anticipado.

VIC. ¿Cualquiera que éste sea? No; no me des tu palabra sin saber lo que pido. Escúchame primero, y si tu corazón aún puede dar una prueba más de su bondad, si después de oirme te inspira lástima esta desgraciada que con los ojos llenos de lágrimas de ti su salvación espera, no se lo niegues, concédeselo y compadécela.

CARL. Pero, ¿quieres hablar claro ya de una vez, criatura?

VIC. Dime, ¿es verdad que tú y Ricardo tenéis relaciones?

CARL. Sí.

VIC. ¿Es verdad también que te ha pedío ya oficialmente?

CARL. Hace tres días. Pero, ¿por qué me preguntas eso? ¿Qué tiene ello que ver con lo que tú vienes a pedirme?

VIC. Déjame acabar. ¿Le quieres?

CARL. ¿Eh?

VIC. Contéstame, ¿le quieres?

CARL. (Después de una breve pausa.) Sí.

VIC. ¿Con toda tu alma? (Comprendiendo lo que Carlota le va a contestar.) ¡Pobrecica! Yo también le quise.

CARL. ¿Cómo? ¿Tú?...

VIC. Sí, yo también le quise, tanto, como ahora le desprecio.

CARL. (Sin saber lo que le pasa.) Entonces...

VIC. Al mismo tiempo que contigo, ese canalla—no tiene otro nombre—ese... ¡canalla! sostenía relaciones conmigo.

CARL. ¿Ricardo?

VIC. ¡Ricardo!

CARL. ¡Qué infamia!

VIC. No lo sabes tú bien. Con zalamerías y engaños, obtuvo de mí—por lo que ahora me explico—el que no diera publicidad a nuestras relaciones.

CARL. Igual que a mí.

VIC. Con pretextos de que no podía venir a verme durante el día, consiguió, a escondías de tóos, entrar de noche en mi casa. Y luego, con engaños, con palabras de honor, con juramentos, me arrancó la honra.

CARL. ¡Dios mío! ¿Pero qué dices? Pero... ¿son ciertas tantas infamias?

VIC. Y a eso he venío. A que tú renuncies a casarte con el que me arrancó la honra, porque pobre, engañada y deshonrada yo, guardo un corazón de mujer—que no pudo él con sus canalladas malearlo ni arrancarme—y en él vive aún el cariño, no por el hombre, a quien escupiría, sino por el padre de mi hijo.

CARL. ¿Luego le quieres?

VIC. No a Ricardo, no al padre de mi hijo, sino a mi hijo, al ser que llevo en mis entra-

ñas, que no ha cometido ningún pecado, ni su madre otro que cegar por un hombre, pa que le llamen cuando nazca mal nacío.

CARL. ¿Y qué pides?

VIC. Tener pa él un padre. Tú no se lo puedes conceder, pero sí puedes no quitárselo. Y eso es lo que te pido en nombre de lo que vive ya en mis entrañas, que me lo dejes, que renuncies a él. ¿Accedes, verdad que accedes? ¿Verdad que me lo dejas?

CARL. (¡Dios mío! ¡Dios mío, dadme fuerzas!)

VIC. ¿Qué piensas? ¿Por qué no me dices ya que sí? ¿Por qué callas?

CARL. (Temerosa de decir lo que ya no puede callar.) ¡Vete! ¡Vete!...

VIC. Pero consientes, ¿verdad? ¿Consientes a que no pase por la afrenta de verme con un hijo mío sin padre?

CARL. (Por decir algo.) Pero si yo le quiero.

VIC. ¿Y después de saber esto te casarías con él, con un ladrón de honras?

CARL. Si no es eso, si es... ¡Vete!... ¡Vete!

VIC. Pero accediendo tú, ¿verdad? No me hagas sufrir más. Yo ya hubiera accedido si estuviese pura como tú, sin mancha alguna.

CARL. Pero si es que yo...

VIC. ¿Le quieres?

CARL. No.

VIC. Entonces...

CARL. Es que...

VIC. ¿Pierdes un novio? Tú con él no te casarías ya sabiendo esto... ¡Qué te importa a ti él! Pudiendo llevar la cara muy alta, nó te preocupes, que novios no te faltarán mientras tú quieras. Además, con esa cara tuya, qué más te da a ti Ricardo, si en su lugar tendrás príncipes y reyes que te adorarán...

(En este momento se oye gran griterio dentro, cohetes, música, campanas y vivas, que ya no cesarán hasta caer el telón. Carlota da un salto, se pone de pie y empuja a Victoria hacia la puerta de la casa para que se vaya, y, además, temerosa de no poder callar ya lo que no quiere, lo que no debe decir.)

CARL. ¡Ah! Ya están ahí. Vete, vete; van a verte. Sal por la otra puerta.

VIC. ¿Pero accedes, verdad?

CARL. (Después de una pequeña pausa,) ¡Accedo, sí!

VIC. ¡Qué buena eres! Toma, toma. (La besa.) Por bonita, por buena, por santa.

CARL. ¡Qué sabes tú!

VIC. ¿Eh?

CARL. Nada, que viváis felices. (Besándola.) ¡Pobrecica mía!

VIC. ¿Me compadeces?

CARL. ¿Y cómo no, si vas a casarte con un hombre a quien no quieres, a quien no puedes querer?

VIC. Es verdad. ¡Tonta de mí!

CARL. Tonta, no; mujer, ¡madre!

VIC. (Que le salen las lágrimas de los ojos ahora ya a raudales. Volviéndola a besar.) Con Dios, con Dios, hermana mía.

CARL. El no te abandone nunca. (Hace mutis Victoria, y Carlota vuelve cerca de la silla que hay junto a la mesa y cae llorando.) ¡He renunciao a él! ¡He renunciao a él para siempre!

ESCENA ULTIMA

CARLOTA, AGUEDA, MARIA, ADELITA, EMILIO, FERNANDO, PERICO, TOMASA, MOSEN FLORENCIO, GREGORITO y gente del pueblo

FERN. (Saliendo seguido de los ya indicados.) ¿Dónde está? ¿Dónde está esa ingrata? (Corriendo hacia ella.) ¡Carlota!

CARL. ¡Fernando! (Se abrazan.)

FERN. Eres una ingratona. Estoy muy enfadado contigo. No has querido salir a recibirme. Pero, ¿qué es eso? ¿Lloras?

CARL. De alegría... por eso, ¡por eso lloro! (Cuadro. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de la casa. En el foro el balcón y las dos ventanas que se veían en la fachada del primer acto. Puertas laterales. La primera de la izquierda, por la que se viene de la calle, y la segunda, la habitación de Carlota. La segunda de la derecha, la habitación de Emilio y Agueda, y la primera, la de Fernando. En escena, mesa, sillas, butacas, etc. etc.

ESCENA PRIMERA

AGUEDA y EMILIO

AGUEDA Esto me lo temía yo, Emilio.

EMILIO ¿Y qué quieres tú que hagamos?

AGUEDA A mí me parece que se les debía decir.

EMILIO ¡Eso nunca!

AGUEDA ¿Y vamos a consentir que se casen?

EMILIO ¡Sería horrible!

AGUEDA ¿Qué hacer entonces?

EMILIO Deja que el tiampo pase. Ya ves, tú y yo nos la veíamos casada con Ricardo, pues sin embargo, el tiempo ha venido, y lo que ya creíamos una realidad, no ha pasao de ser un entretenimiento.

AGUEDA Te advierto que eso me alegró. ¿Qué quieres que te diga? Ricardo no me parece un mozo formal, no me gustaba, no sé por qué, pero no me gustaba pa marío de Carlota. Ahora, que tóo lo hubiera preferío a que llegara lo que ha llegao, lo inevitable, a que Fernando y Carlota volvieran a las tonteras que de niños les consentimos.

EMILIO ¿Y quién lo iba a pensar?

AGUEDA ¿Y la llegada de Fernando es lo que ha motivao la ruptura de relaciones entre Carlota y Ricardo?

EMILIO Al menos eso dicen. Yo se lo he preguntao varias veces a Ricardo y por toa respuesta se ha puesto a temblar y a decirme tonterías. ¡Vete tú a saber! Y si es ella...

AGUEDA Ella dice que él no la quería, y que sabiendo eso, no iba a casarse con él.

EMILIO ¿Y tú crees eso? ¿Tú crees que un hombre que no quiere a una mujer la pide a los que él cree sus protectores? Yo creo que no, que cuando un hombre da ese paso es porque la quiere.

AGUEDA O quiere ganarse su confianza.

EMILIO ¿Qué dices, Agueda?

AGUEDA Hoy hay que desconfiar de todo y de todos.

EMILIO Total, que en concreto no sabemos nada. Bueno, ¿y tú crees que lo de Fernando y Carlota va en serio?

AGUEDA Por nuestra desgracia. Y eso que ella no parece hacerle mucho caso. Pero le quiere, aunque se resiste, le quiere. Nos hemos descuidado demasiado, Emilio.

EMILIO No hay que apurar.

AGUEDA Tóo esto que nos sucede ahora, pudo evitarse a su tiempo.

EMILIO Era tu deshonra.

AGUEDA ¿Y no es peor esto? ¿No es esto mil veces peor?

EMILIO No hay que desesperar, mujer. Aguardemos a que Fernando venga a decírnoslo, y entonces...

AGUEDA No, entonces no es tiempo, entonces lo que hoy puede que no sea más que un capricho, puede que sea una pasión.

EMILIO ¿Y si no pasa de capricho? ¿Qué necesidad hay de decir lo que no se dijo cuando todavía era tiempo?

AGUEDA Yo creo que debíamos obrar, prevenir lo que desgraciadamente pueda suceder. ¿Tú qué crees, que ahora no se les debe decir?

EMILIO De ninguna manera.

AGUEDA Pues hay que llamar a Mosén Florencio y que él nos aconseje en este trance tan angustioso.

EMILIO Eso... lo que tú quieras.

AGUEDA Contárselo todo, todo, y después... ¡que él decida!

EMILIO (Tristemente.) ¡Que decida!... Si los chicos se quieren ya, se calle o se diga, no sé qué será más crimen.

ESCENA II

DICHOS y TOMASA. Después PERICO

TOM. (Que entra con unos zorros en la mano.) Señora...

AGUEDA ¿Qué quieres?

TOM. ¿Limpio aquí?

AGUEDA Limpia. ¿Dónde quedó Perico?

TOM. Me parece que ha salío.

AGUEDA ¿Dónde?

TOM. No sé.

AGUEDA Si viene y no le hemos visto nosotros, le dices que vaya a casa de mosén Florencio y que le diga que venga inmediatamente a hablar con nosotros.

TOM. Está bien, señora.

AGUEDA (A Emilio) ¿Vienes abajo mientras limpian esto?

EMILIO Sí, vamos. (Mutis los dos por la primera izquierda.)

TOM. Malo, malo; esto va de mal en pior... Algo mu grave debe pasarles a los señores. Hasta la señorita Carlota parece como loca. ¿Qué pasará? En fin, allá veremos. (Se pone a limpiar.)

PER. (Que entra por la primera izquierda.) ¡Tomasa!

TOM. (Sin volverse.) ¿Qué quieres?

PER. Mira.

(Tomasa se vuelve y ve a Perico que se ha puesto una barba de armazón que llevaba en las manos al entrar.)

TOM. (Asustada.) ¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué quiere usté?

PER. (Fingiendo la voz.) ¡Vengo a matarte!

TOM. ¿A mí?... ¡So... corro!

PER. (Quitándose la barba.) ¡Calla, tonta!

TOM. (Con gran alegría.) ¡Perico!

PER. Qué, ¿no me habías conocío, borrica?

TOM. De verdad que no. Pero, ¿ande vas tú con esa barba?

PER. Pues esto es, que unos cuantos mozos y mozas, dirigíos por el médico, piensan dar una función de tiatro en el Sindicato el día de la Virgen, y me han llamao a mí pa que yo trabaje.

TOM. ¡En seguida!

PER. Déjame acabar. Yo les he dicho que conformes, pero con la condición de no salir con la cara limpia.

TOM. ¡Claro! Como que para eso antes hacía falta lavarte con un estropajo un mes seguío.

PER. No me refería a eso.

TOM. ¿Pues a qué?

PER. He dicho, que pa trabajar yo, tenía que ser de forma que el público no me conociera.

TOM. ¡Ah!

PER. Y entonces me han contestao que conformes, que no había inconveniente, que haría un bandido que hay en la «La puerta grande», que sale con barba.

TOM. ¿La puerta?

PER. El bandido, mostrenca. Y les dije, darme la barba pa enseñársela a mi novia, que si a ella le parece bien, por mí conformes. Y esto es tóo.

TOM. Bueno; pues ya estás volviendo y diciéndoles que a tu novia no le parece bien el que tú salgas a hacer ningún bandido; que salga el médico si quiere, que a él le estará pero que pintiparao. Conque ya lo sabes; y mientras así no lo hagas, a mí no mi vuelvas a hablar más.

PER. Ven aquí y no seas tonta. ¡Tan bien que estaría yo así! (Se pone la barba.)

TOM. Pues no te la quites. Pero a mí, lo que te he dicho, no me vuelvas a hablar más.

PER. Pero escucha.

TOM. No escucho.

PER. Mira.

TOM. No miro.

PER. Oye.

TOM. ¡No oyo! (Mutis por primera izquierda.)

PER. ¡Será animalota!

ESCENA III

PERICO, TOMASA y CARLOTA. Estas dos dentro

TOM. (Dentro.) Sí, señora; ahí ha quedao.

CARL. (Dentro.) ¿Y está sordo que no oye que le llaman los amos? (Saliendo.) Pero, hombre... (Viendo a Perico, que distraído con Tomasa, se ha ol-

vidado de quitarse la barba) ¿Eh? (A Perico.) ¿A quién busca usté?

PER. (Se vuelve a mirar por todas partes y cuando se convence que no hay nadie y es con él con quien habla, todo asustado dice:) ¿Pero es a mí? (Se toca la cabeza para ver si está en su sitio y entonces tropieza con la barba que se quita rápidamente.) ¡Ay! Usté perdone, señorita.

CARL. ¿Pero qué es eso?

PER. Ha sío que... vamos, yo...

CARL. Vete, quítate de mi vista, mostrenco. ¿Es que nos ha dao ahora por jugar?

PER. Perdone la señorita, pero ha sío sin querer.

CARL. Está bien, corre, anda a ver lo que quieren los amos.

PER. En seguida, señorita, en seguida. (Mutis primera izquierda todo asustado. Al llegar a la puerta tropieza con Ricardo que le indica que calle.) ¡¡Ay!!

ESCENA IV

CARLOTA y RICARDO

CARL. (Que se vuelve y ve a Ricardo.) ¿Eh? ¿A qué vienes tú aquí? ¿Qué vienes tú a hacer aquí, miserable?

RIC. Calma, calma.

CARL. ¡Vete... vete! ¿Aun tienes valor de presentarte ante mis ojos? Vete... vete de aquí, si no quieres que llame y te echen como a un ladrón, que no otra cosa eres.

RIC. ¡Calma he dicho! He sío llamao por tus protectores, y como supongo que tú no les habrás dicho *nada*, y me figuro lo que me van a preguntar, he querío antes hablar contigo pa que me digas tú lo que he de decirles.

CARL. ¿Que sabes lo que te van a preguntar dices?

RIC Sí; lo que me han preguntao ya otras veces: que por qué hemos reñío tú y yo.

CARL. ¿Y quieres que yo te diga lo que has de contestarles?

RIC. A eso he venío, a hablar contigo.

CARL. Lo que yo te diga no se lo vas a decir. Porque si así fuera, les tendrías que decir que porque eres un miserable, un canalla, un ladrón de honras.

RIC. No sé qué razones tienes tú pa decirme eso.

Porque si a ti te refieres, no te la robé, me la entregaste tú, que no es lo mismo.

CARL. Me la robaste con juramentos, como se la robaste a la pobre Victoria.

RIC. ¿Qué dices?

CARL. Que sé toas tus infamias, que me he enterao de tus villanías y que me das asco. ¡Vete!

RIC. Lo de la Victoria, es una añagaza que me han tendío pa ver si caía, pero... no ha sío así. Lo siento.

CARL. ¿Y tienes aún valor, el cinismo, de decirme a mí eso? Cuando la infeliz criatura, deshecha en lágrimas, vino aquí a contármelo tóo. ¿Pero qué te has creído tú que somos nosotras? ¿Qué idea tan despreciable tienes tú de las mujeres? Si deshonrá y to yo, no me sirves con to tu dinero ni pa barrer por donde yo pise. Vete; sal de esta casa que has deshonrao y no aparezcas más por ella que, mujer y débil, entavía me sobran fuerzas pa aplastar a un bicho tan repugnante y miserable como tú.

RIC. Tú vendrás a implorarme.

CARL. ¿Yo?... ¡Sal ya, porque tóo el cariño que te tuve, que fué mucho, lo siento ahora dentro de mi pecho trocao en odio y soy capaz de matarte, sal!

RIC. ¡Qué valiente te sientes ahora! No eras igual antes de venir...

CARL. ¿Quién?

RIC. Tu exnovio.

CARL. ¡Es que antes de venir él, no sabía lo canalla que eras!

RIC. ¿Y has necesitao que él viniera pa saberlo?

CARL. No; he necesitao escuchar los lamentos de una víctima tuya.

RIC. ¡Qué compasiva te has vuelto!

CARL. ¡Siempre lo he sío! No otro tanto podrás decir tú, que si no te casas con esa pobre mujer que hoy llora su desgracia, no tienes corazón, ni lo has tenío en tu vida, cosa que yo no he dudao nunca.

RIC. ¿Y qué intención es la tuya al proponerme eso?

CARL. La de que esa criatura que está pa venir a este mundo, por obra y maldad tuya, tenga padre.

RIC. Sabes que eres una mujer única. Quien creyera que tú...

CARL. Que estoy igual, te ruego para ella y no para mí. ¿Ibas a decir eso?

RIC. Exactamente.

CARL. Es que pa comprender eso, hace falta tener conciencia y corazón, y tú de las dos cosas careces. Y ahora, sal, vete pa siempre de esta casa que manchas, y no vuelvas a poner en ella los pies jamás ¡Vete!

RIC. Está bien; me voy. ¿Qué les digo?

CARL. ¿A quién?

RIC. A tus protectores.

CARL. Lo que quieras.

ESCENA V

DICHOS y FERNANDO por primera derecha

FER. (Saliendo.) Buenos días.

CARL. ¡Fernando!

RIC. Hola, Fernando.

FER. Hola.

RIC. (Disimulando.) ¿Están abajo?

CARL. Abajo están.

RIC. (A Fernando.) Ya me iba. Adiós, Fernando. Buenos días. (Mutis primera izquierda. Toda la escena de Carlota y Ricardo, desafiando ella, y él rastrero, muy rastrero.)

ESCENA VI

DICHOS menos RICARDO. Pausa

FER. ¿Qué quería ese?

CARL. Nada: preguntaba por tus padres y le dije que abajo... abajo estaban...

FER. No; no es eso; estás turbada, nerviosa...

CARL. No, tonto.

FER. Sí; no trates de negarlo, si no lo puedes disimular.

CARL. Te repito que no.

FER. Le quieres aún, ¿no es verdad?

CARL. ¿Yo?... Lo que no me explico es cómo he podido quererle nunca.

FER. Entonces, ¿por qué te molesta su presencia?

CARL. Porque cuando no se quiere a una persona, su presencia nos desagrada siempre.

FER. ¿Y tú estás segura de no quererle?

CARL. No solamente no le quiero, sino que le odio.

FER. Fíjate en lo que dices, Carlota; no le quieres, le odias dices. Tranquilízate y consúltale a tu corazón si a eso que tú llamas odio lo es efectivamente o es despecho.

CARL. ¡Despecho por un!... ¡Bah! ¿No te parece que debiamos cambiar de conversación?

FER. Como tú quieras.

CARL. Díme; ¿cómo van las obras? ¿se inauguran por fin el día de la Virgen?

FER. Mira; si me lo permites, hablaremos de otra cosa.

CARL. ¿Por qué no?

FER. Tú a ese hombre—perdona que vuelva a lo mismo—no le quieres, no te explicas como has podido quererle y hoy le odias. ¿No es así?... Conformes; luego tú en la actualidad, no quieres a nadie. ¿No?

CARL. No: yo en la actualidad quiero y he querío siempre.

FER. A mis padres; a los que han sido otro tanto para ti. Desde luego.

CARL. No, Fernando; a ellos no hace falta preguntarme si les quiero, porque bien sabes tú que los idolatro.

FER. Entonces ocupa tu corazón otro... u otros. No lo sabía, nunca me lo has dicho tú tampoco.

CARL. Poca memoria se conoce que tienes.

FER. Pues... no recuerdo.

CARL. ¿Con tanta facilidad olvidas?

FER. Nunca me he tenido por olvidadizo.

CARL. ¿Y no te acuerdas que te he dicho infinidad de veces que te quería con toa mi alma?

FER. Bien; eso quería que me dijeras. Tú me has dicho—es verdad—infinidad de veces, que me querías con toda tu alma. Pero, de esto hace diez años, Carlota. Yo quería saber hoy... hoy.

CARL. ¡Es que hoy te quiero más entavía si es posible!

FER. Y siendo así, ¿cómo justificas tus evasivas conmigo? ¿por qué rechazas mi amor? Cuantas veces te he dicho que te quiero, que te

quiero como a nadie en este mundo, me has respondido que te deje, que no es posible, que te olvide... ¡como si esto pudiera ser!

CARL. Yo te quiero, te quiero mucho, Fernando; pero... ¡no puedo ser tuya!.. ¡es imposible!

FER. Pero, ¿por qué? Si no quieres a nadie, si me quieres a mí...

CARL. ¡Oh, mucho, mucho!

FER. ¿Por qué no aceptas mi cariño? ¿Tú no sabes que durante diez años, día por día, he estado pensando en ti? ¿Que cada hora que pasaba, cada minuto que transcurría era una piedrecita que caía y aumentaba la montaña de cariño que por ti sentía? Si no abría un libro que en sus páginas no leyera tu nombre y se me apareciese tu cabecita de muñeca; si no hacía nada que no te tuviese presente, que no viese tus ojos que me miraban fijos, muy fijos... como ahora. ¿Por qué me rechazas? ¿Por qué no me quieres? ¿Por qué no quieres ser mi mujer?... ¿Lloras? ¿Por qué? Apoya tu cabecita en mi hombro y dime por qué no aceptas mi amor.

CARL. Porque tu eres muy bueno y yo no puedo engañarte, no quiero engañarte.

FER. ¿Y quién habla aquí de engaños?

CARL. Yo; que cometería una infamia casándome contigo.

FER. ¿Por qué?

CARL. No puedo decirlo... ¡vete, déjame, olvídame!

FER. Pero, ¿por qué? ¡Habla!

CARL. Porque... ¡estoy manchada!

FER. ¿Tú?... (Pausa.) ¿Y quién ha sido el cobarde? ¿Quién ha sido el mal nacido que ha deshojado flor tan pura, tan buena, tan santa? Ha sido ese, ¿verdad? ¿Ha sido ese... ¡miserable! quien?...

CARL. Me la arrancó con engaños, con palabras de honor, con juramentos...

FER. ¡El canalla!...

CARL. Después de hacer víctima de su lujuria a otra pobre mujer.

FER. ¿A otra? ¿Y a quién? ¿Quién ha sido la otra que bajo las zarpas de ese monstruo ha perecido?

CARL. Victoria.

FER. ¿La hermana de Gregorito? ¿Del maestro de escuela?

CARL. Esa; que al confesar su falta, ha trastornao los sentidos de su infeliz hermano.

FER. ¡Cuánta maldad! ¡Cuánta infamia! ¿Y no ha habido un ser humano que vengue tanta monstruosidad? ¿Aún no ha habido quien aplaste la cabeza a ese reptil venenoso y cobarde?

CARL. ¿Y quién? El único que podía era Gregorito y ese... ¡De qué sirve ya en este mundo?.

FER. Y dime; ¿por qué renunciaste a él?

CARL. Me hicieron renunciar, no tenía más remedio. Vino Victoria, y ella—que como tóo el mundo ignora mi desgracia—me imploró que se lo dejara, y yo...

FER. Renunciaste a él a cambio de tu honra. ¡Qué buena, qué hermoso corazón tienes! Pues, no temas, levanta esa cabeza y llévala siempre muy alta que, desde este momento, yo te juro que serás mi mujer.

CARL. Pero...

FER. Pero qué? Si desde que te he oído, desde que sé tu desgracia—que me ha dado ocasión para admirar una vez más tu hermoso corazón—que te quiero más. Si aún sabiendo ahora que habías sido de todo el mundo te querría lo mismo. Pues qué; ¿piensas que toda la virtud, todas las dotes de la mujer estriban en la honradez? No; hay otras que están por encima de esa, y son los sentimientos, el corazón, ¿y qué otro podré encontrar yo más puro, más leal, más noble que el tuyo?

CARL. ¡Fernando!...

FER. Ven a mis brazos, pobre criatura, que si falta te han hecho para no dejarte caer, no lo serán lo mismo para defender tu honradez. Abrázame, que si como dices me quieres, yo labraré tu felicidad, yo salvaré tu alma aunque para ello tenga que dar mi vida, y ay de aquel que intente pregonar tu desgracia, porque a ese... ¡a ese le parto el corazón!

CARL. ¡Fernando!... ¡Fernando de mi alma!

FER. ¡Carlota de mi vida! (Se abrazan y quedan así hasta que la voz de Perico, que en este momento ha salido, los vuelve a la realidad.)

ESCENA VII

DICHOS y PERICO. En seguida EMILIO y AGUEDA

PER. (Saliendo.) (¡Ridiós! ¡A buena hora hi llegao!) (Muy temeroso.) ¿Eh? Señoritos... (Pausa corta.) (Lo que toca cuando vuelva a subir, a mí me da una tos de esas que llaman de bronquirris, pero yo no vuelvo a sorprender más abrazos.) ¿Eh? Señoritos...

FER. ¿Quién va? ¡Ah! ¿Eres tú?

PER. (¡Qué pronto mi ha conocío! ¡Cómo se conoce que ahora no llevo barba!)

FER. ¿Qué quieres?

PER. Dice el señor Tomás, el capataz de las obras, si pué bajar un momento.

FER. Sí; voy... Dile que en seguida bajo.

PER. Está bien.

EMILIO (Que sale seguido de Agueda.) Pero, hijo; que te está esperando Tomás hace ya una hora.

FER. Voy... voy... (Mutis primera izquierda.)

AGUEDA Y tú, (A Perico.) tan pronto llegue el señor cura sube a avisarnos.

PER. Sí, señora. (Pero tosiendo!) (Muits primera izquierda.)

AGUEDA ¿No tienes ganas de regar las macetas del patio, Carlota?

CARL. Sí, señora; como siempre. Ya sabe que eso me gusta mucho.

AGUEDA ¿Y por qué no vas ahora que no molesta el sol? Porque, hija mía, como no se te quite pronto esa afición, no quiero pensar lo negra que te vas a poner.

CARL. ¡Qué importa!

AGUEDA Pues anda, anda, vé.

CARL. Ahora iré; voy primero a arreglar mi habitación.

AGUEDA No; después harás eso. Vé ahora a regar las macetas.

CARL. Es un momento. ¡Verá qué pronto acabo! La tengo lista en un santiamén. (Mutis por segunda izquierda.)

ESCENA VIII

AGUEDA y EMILIO. En seguida PERICO. Más tarde MOSÉN FLORENCIO

AGUEDA ¿Te has convencío, Emilio? ¡Siempre juntos! Esto ya no tiene remedio.

EMILIO ¿Y qué le vamos a hacer? ¿Quieres que nos peguemos un tiro? Bueno está, bueno está ya, mujer. Lo que no tiene remedio hay que dejarlo, y esto ya no lo tiene. Ahora esperemos que llegue Mosén Florencio y que él nos aconseje. Que dice que tampoco él puede o no sabe qué hacer... ¡Que se casen! ¡Que se casen ya de una vez y que se vayan! Unicamente así quedaremos tranquilos.

AGUEDA Cálmate, hombre, calmate. No saquemos los nervios, tengamos calma, que tiempo habrá pa tóo.

EMILIO Es que desde que Fernando llegó no hemos tenío una hora de sosiego, no vives tú ni pueo vivir yo. Que es espantoso, que es un pecado que pesará eternamente sobre nuestras conciencias, ya lo sabemos? Que no viviremos hasta que esto no quede resuelto, también lo sabemos. ¿Es que piensas tú que desde que va esto soy yo el mismo? No, mujer, no, si yo—como tú—no pienso más que en ello, si estoy sin pegar un ojo desde que lo sé. ¿A qué, pues, atormentarnos de esa manera?

AGUEDA ¿Y cómo quieres que yo no esté así habiendo llevao a los dos en mis entrañas?

EMILIO ¿Pero es que ganamos algo atormentándonos tanto?

AGUEDA Tienes razón. Y esa chiquilla que ahora está ahí... (Por Carlota.)

EMILIO Pué que ya haiga concluío y esté abajo. (Se oye dentro a Perico toser exageradamente.)

AGUEDA ¡Qué pecao habremos cometío pa este castigo!

EMILIO ¿Pero quién tose de esa manera? ¿No es Perico?

AGUEDA Sí, él parece.

EMILIO ¿Qué le sucederá pa toser así?

PER. (Entrando de espaldas.) ¿Se pué?...

EMILIO ¿Qué te pasa, hombre? Estamos de buen humor, ¿eh?
AGUEDA ¿A qué viene esa tos?
PER. Seguramente debo haber cogío una bronquirris.
EMILIO ¡Valiente animal estás tú!
PER. (Pronto vuelvo a sorprender yo más abrazos.)
EMILIO Bueno, ¿y qué es lo que quieres?
PER. Pues... na, que ahí está ya el señor Cura con tres cardenales.
EMILIO ¿Con tres cardenales?
PER. Con tres cardenales en un brazo, porque al entrar ha resbalao al pisar una corteza de melón y se ha caío.
EMILIO ¡Tú sí que eres melón!
AGUEDA Pero, ¿si ha hecho daño?
PER. Unos cardenales tié en un brazo; pero, no es na.
AGUEDA Dile que suba en seguida; anda, vé.
PER. En seguidica. (Mutis primera izquierda.)
EMILIO Ya lo tenemos aquí. Animo ahora; se lo cuentas tóo, y que él resuelva.
AGUEDA Resolver, no, aconsejar; na más que aconsejar. Resolver, únicamente Dios sabría hacerlo.

ESCENA IX

AGUEDA, EMILIO y MOSEN FLORENCIO

MOSÉN (Desde la puerta.) ¿Se puede?
AGUEDA Pase usted, señor cura.
MOSÉN ¿Qué ocurre? He venío corriendo porque de la forma que trajo el recao Perico parecía que se trataba de un asunto grave.
EMILIO Siéntese, porque, efectivamente, se trata de algo más grave de lo que usté pueda suponer.
MOSÉN ¡Carape! ¡Me alarman ustedes! ¿Qué es ello?
AGUEDA Escuche usté, mosén Florencio, y sentencie después.
MOSÉN ¿Vamos de confesión?
AGUEDA No, mosén Florencio; no he llamao al cura pa una confesión—puesto que mi pecado no puede ser absuelto—, sino pa que usté nos aconseje.

MOSÉN Entonces...

AGUEDA Es de mi mal proceder como esposa, como madre. Un criado de esta casa, tres meses después de haber entrao en ella, se fijó en su ama y quedó enamorao de ella. El ama, que vivía una vida feliz con su marío y un hijo, fué entristecía por la declaración de amor que el osado criado no vaciló en hacerla. Ella, no solamente no le hizo caso, sino que recriminó su atrevimiento y osadía. Pero él, que ciego por el ama no buscaba más que la manera de hacerla suya, puso a contribución tantos recursos, se valió de tantos medios para conquistar su corazón, que, al fin, logró interesarla. En estas estaban cuando el marío tuvo necesidad de ir a Madrid por asuntos de interés. Ya el ama, sin su marío, cuya presencia la hacía sostenerse en el abismo que tenía a sus piés, y el criado insistiendo más y más, aun sabiendo ella que Dios no la perdonaría jamás su pecado, cayó en los brazos del criado. Pero no podía resistir más tiempo, lo que empezó molestando a la esposa honrada, y luego, más tarde, interesándola, acabó por ser en ella una pasión loca. ¡Le quería ¡Le quería ya con toa su alma! ¡El criado había conseguido su propósito! (Pequeña pausa.) Víctima de cruel enfermedad tuvo que volverse escapao de Madrid el marío engañado, y durante tóo un año que guardó cama, ca vez peor, la esposa infiel le traicionaba como la mujer más mala, más cobarde, más infame de este mundo.

MOSÉN Animo, ánimo, hija mía.

AGUEDA Durante tóo ese tiempo vino a este mundo un angelico que, para ocultar a la mala esposa, fué llevao al nacer lejos de la madre pa que fuera criao por una cuñada del criado. Pocos meses después..., el esposo traicionao... murió, dejándoles a la pareja de amantes una libertad completa. No pueo continuar... no pueo.

MOSÉN Vamos, vamos; adelante. El pecado es menos cuando con lágrimas de arrepentimiento se confiesa.

AGUEDA Un año después de la muerte del marío, los dos amantes se casaron, y seis años más tar-

de fué mandado a Inglaterra al hijo del amor sano, al hijo del marío honrao no pa que estudiara carrera alguna, ya que pa vivir no le hacía falta, puesto que con lo que su padre le dejó le sobraba, sino pa traer a su lao, al lao de los amantes, la hija de ellos, el fruto de aquel amor criminal... (En este momento, Carlota, que sale de su habitación, se detiene a escuchar tras las cortinas de la puerta.) porque sin verla les era ya imposible vivir. Una vez ella allí, hicieron creer a tóo el mundo que era hija de una familia muy amiga, que al morir sus padres, dejándola huérfana en el mundo, nos la mandaron. ¿Va comprendiendo usté?

MOSÉN Comprendo. Continúe.

AGUEDA A ella—que bautizaron con el nombre de Carlota—así se lo hicieron creer, igual que a Fernando—el otro hijo—durante las temporadas... ¡que a nuestro lao pasó! ¡He sío mala, muy mala, mosén Florencio, porque ya habrá comprendío usté que aquel criao era éste, y la esposa infiel yo; pero fué por cariño, quería mucho a éste!

EMILIO ¡Agueda!

AGUEDA Pero tóo esto—que Dios nos hubiera perdonao, porque somos dichosos con nuestro amor—ha sío complicao de tal forma, que ahora sí que no hay ya salvación para nosotros. Porque los dos seres que llevé en mis entrañas, que engañados han vivido siempre así, se enamoraron, y hoy se nos quieren casar, porque ignoran que ellos dos, los hijicos de mi alma, Carlota y Fernando... ¡son hermanos!

CARL. ¡¡Madre!! (Va a abrazarla, pero la idea de Fernando, a quien debe renunciar para siempre, puede más y cae como herida por un rayo en el suelo.)

EMILIO ¡Carlota!

AGUEDA ¡Hija! .. Hija de mi alma!

MOSÉN ¡Qué espanto! ¡Lo oyó todo!... ¡Pobre criatura!..

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

TOMASA y PERICO

PER. (A Tomasa, que desconsoladísima, no hace más que llo ar.) ¿Pero qué li voy a hacer yo, porras? ¿Tengo yo la culpa?

TOM. ¿Y la tengo yo?

PER. ¿Pero no ves que no puede ser? El tío Juan, que es el que ha dao los pasos, me acaba de decir que hasta que no pasen tres años, a contar desde el día del sorteo, no mi pueo casar. ¿Lo quieres más claro?

TOM. ¿Y eso por qué?

PER. Porque estoy bajo las armas.

TOM. Pues monta encima de ellas y casémonos.

PER. No; no pué ser. Mi faltan dos años pa poderme casar.

TOM. Pero tiés mujer, que es lo que hace falta pa casarse.

PER. Pero mientras no tenga dos años más, no pueo.

TOM. Pero si a mi me da lo mismo. ¿Es que tú crees que yo mi voy a casar con los años?

PER. Conmigo.

TOM. Entonces ..

PER. No pué ser.

TOM. Pero, ¿por qué?

PER. ¡Ridiós! ¡Porque no pué ser!

TOM. Ven aquí. No te enfades. Dime. ¿Tú no has-

sío de los que no van a servir al Rey, porque has sacao un número alto?

PER. Sí, señora

TOM. ¿Y no teniendo que ir al cuartel pa ná, no ti pués casar conmigo?

PER. Así me lo ha dicho el tío Juan.

TOM. Pero, ¿por qué, es lo que yo quiero que me digas?

PER. No lo sé.

TOM. ¿Y ellos?

PER. ¿Cuálos?

TOM. Los que ha hablao el tío Juan con ellos; los que se lo han dicho que no te pués casar.

PER Tampoco lo saben.

TOM. Entonces, ¿por qué no nos dejan?

PER. Por eso; porque no lo saben.

TOM. Pues díselo tú.

PER. Si digo, que porque no saben lo que icir. A ellos lis han dicho que no dejen casar a nadie y así lo hacen.

ESCENA II

DICHOS y MOSEN FLORENCIO

MOSÉN (Entrando.) ¿Qué sus pasa?, ¿qué sus pasa? ¡Que siempre tenga que encontraros riñendo! ¡Pues sí que vais a ser un matrimonio!...

TOM. ¿Matrimonio? ¡Sí, sí! ¿Es que usté no sabe que no quieren dejarnos casar?

MOSÉN ¿Qué dices?

TOM. Que hasta que este no sirva al Rey, no sirve... pa casarse conmigo.

MOSÉN ¿No eres excedente de cupo?

PER. Sí, señor.

MOSÉN Entonces ya puedes hacerte cura.

TOM. ¿Por qué?

MOSÉN Porque no podrá casarse nunca.

PER. No li haga caso a ésta. Aquí, lo que ocurre, es que no mi dejan casar hasta que no pasen los tres años que debía servir. ¿Comprende? Es decir, que sin servir al Rey, he de sufrir sus privaciones, igual que si le sirviera.

MOSÉN Eso sí. Hoy no te pués casar tú, ni podrás hacerlo hasta que no licencien a los soldados de tu quinta.

PER. ¿Por qué? ¡Ridiós! Yo soy muy bruto; pero

pa comprender esto, yo creo que no hace falta ni haber ido a la escuela. ¿Por qué no mi dejan casar hoy?

MOSÉN Porque estás bajo las armas.

PER. ¡Contra! Pero si a mí no me tienen que llamar, de no ocurrir algo gordo.

MOSÉN No importa. Son leyes

PER. Pues no las comprendo Es verdad que yo soy muy bruto, pero.. ¿Y dos días antes de sortear a un mozo, sí lo dejan casar?

MOSÉN Son leyes.

PER. Es verdad. ¡Ya no me acordaba que soy muy bruto!

MOSÉN Escucha: ¿y cómo no te has vestido de frac?

PER. ¿De qué?

MOSÉN De frac. De lo que visten los camareros de los grandes hoteles.

PER. ¡Ah, sí! De esa chupa con faldones. Pues porque ya no sirvo yo a la mesa. Ahora la tiene que servir ésta.

MOSÉN ¿Y eso por qué? Yo creo que un banquete de la importancia de éste, celebrando la inauguración de las obras, debías servirlo tú, porque es más serio servido por un hombre.

PER. Esta tiene la culpa.

MOSÉN ¿Y eso?

PER. Pues que había muchas manzanas que se estaban pudriendo, porque los amos no las comían, y ésta, con el interés de que se las comieran y no se echaran a perder, me dijo: «¿Por qué no las asamos, a ver si así se las comen?» Yo dije: «Bueno.» Conque las asamos, y anoche al servírselas, les dije: «Ustés perdonen esta mi libertá, pero como he visto que no se las comían así, asás se las traigo.»

MOSÉN ¿Y por eso?

PER. Es que les han sentao mal a tóos y me han dicho que no quieren verme en la cocina ni servir un plato.

ESCENA III

DICHOS y FERNANDO

TOM. (Viendo salir a Fernando.) ¡El señorito!

MOSÉN ¡Hola, Fernandico!

FERN. ¡Hola, señor cura!
TOM. (A Perico) Anda, tú, vámonos pa abajo.
PER. Sí, vamos: ¡mira qué cara tié!
TOM. No habrá dormío.
PER. Que aquí debe pasar algo gordo; ¡contra!
TOM. Bueno; echa pa abajo.
PER. Pues mira, será por el cariño que lis tengo; pero cuando veo a cualquiera de esta casa no lo pueo remediar, mi entristezco.
TOM. Bueno, bueno, anda.
(Mutis los dos primera izquierda.)

ESCENA IV

MOSEN, FLORENCIO y FERNANDO

FERN. (Que se ha dejado caer encima de una silla al lado de la mesa.) ¡La misma sangre! ¡La misma sangre! Ella y yo. ¡Hermanos los dos!... ¡Hermanos los dos!... Mosén Florencio, ¡qué despiadado se muestra en esta ocasión, Dios!
MOSÉN No pierdas la esperanza.
FERN. ¿Y qué esperanza puedo conservar yo?
MOSÉN La de Dios.
FERN. ¡Pues si no fuera por esa!... Ha sido un golpe mortal.
MOSÉN Valor.
FERN. ¿Usted cree que puedo tenerlo? ¡Si de un solo golpe me han destrozado el corazón! ¡Ya, ni piedad por mi madre puedo sentir
MOSÉN ¡Hijo!
FERN. ¡Si no vaciló en deshonrarse ante mis ojos!
MOSÉN Tenía que suceder así. Fué casual; de no haberse encontrado Carlota allí, no hubiera pasado nada. Pero tu madre es buena, tu madre os adora, y esta adoración por vosotros la ha perdido.
FERN. Mi madre es buena, sí; y si como usted dice nos adora, debió hundirse un puñal en el pecho antes que su deshonra llegase a nosotros.
MOSÉN No quería destrozar vuestra felicidad; quería que, engañados, viviérais dichosos. Con lágrimas de arrepentimiento me confesó su pecado, para que yo la aconsejara. El destino, despiadado, se cruzó en el camino, y ha querido el mal de todos.

FERN. ¡La misma sangre!

MOSÉN Ahora, hijo mío, en ti está la salvación de tu madre. Marcha, marcha lejos; olvida un imposible y no tronches la felicidad y la vida de tu madre, que no sobreviviría a la sola idea de que pudiérais casaros alguna vez.

FERN. No puede ser; aunque quisiera, no podría hacerlo. Yo no la he querido nunca como hermana; mi cariño por ella fué otro... el de que fuera mi compañera por toda mi vida. ¿Cómo quiere que hoy renuncie a ella?

MOSÉN ¿Qué dices?

FEEN. Que no ha sido lo que he sentido por ella una pasión inspirada de momento, no; han sido años, ¡años interminables, porque no la veía! ¡Años que no pasaban nunca, porque no estaba a su lado...

MOSÉN Pero, ¿y si ella hoy no quiere ser tu esposa, porque sabe que sois hermanos?

FERN. En ese caso... ¡que ella lo diga!

MOSÉN Lo dirá.

FERN. Bien; que lo diga; pero mientras esto no sea, yo no cejo en mi empeño. ¡Dejarla yo!... ¡¡Nunca!!

MOSÉN Ten piedad, Fernando, siquiera por esa pobre vieja que no vive, que no podrá vivir hasta que esto no se resuelva.

FERN. ¿Acaso la tuvo ella con nosotros?

MOSÉN No digas eso, Fernando.

FERN. ¿Tuvo ella piedad con mi padre?

MOSÉN Sí la tuvo.

FERN. No la tuvo, Mosén Florencio; cuando tan poco vaciló en deshonrarle.

MOSÉN Fué por cariño.

FERN. ¿Y yo? ¿No es por cariño también? Y más leal, más noble, más honrado que el suyo. Porque ella traicionaba a un hombre, a un santo, al que Dios había unido a ella para siempre, y yo no: yo soy libre, yo practico el bien. Dejarla a ella abandonada ahora, sería un crimen. Yo quiero mucho a mi madre, mucho; pero por encima de este cariño está el de esa pobre criatura que, abandonada en esta ocasión, o tendría que matarse o resignarse a ser de todo el mundo; y eso no, Mosén Florencio, eso no debe consentirlo pecho alguno que bajo él palpite un corazón

honrado y usted debe abandonar todo prejuicio para unir su protesta a la mía y gritar conmigo que es inhumano lo que han hecho con nosotros, cobarde, monstruoso.

MOSÉN ¿Qué dices?

FERN. Que mi conciencia se rebela contra mi madre, que no supo guardar a su hija, y contra el infame seductor que le robó la honra.

MOSÉN Luego Carlota...

FERN. Sí, Mosén Florencio; ¿comprende ahora mi indignación? ¿Comprende ahora que, aunque se hunda el cielo, no puedo abandonar a esa infeliz criatura?

MOSÉN ¡Cuánta desdicha de un solo golpe! ¿Y qué piensas hacer?

FERN. Casarnos, si ella quiere.

MOSÉN Eso no puede ser; sois hermanos.

FERN. Nos iremos lejos, lejos de aquí; donde nadie nos conozca y puedan bendecir nuestra unión.

MOSÉN Pero tu pobre vieja morirá.

FERN. ¡Debió morir antes de confesar su pecado!

MOSÉN Desvarías, muchacho.

FERN. No, Mosén Florencio; ¿es que usted no sabe que si no hubiera cruzado por mi camino ese ángel, a quien le hubiera costado la vida al saber el pecado de su madre, hubiera sido a mí?

ESCENA V

DICHOS y CARLOTA, que ha salido un poco antes

CARL. ¡Fernando!

FERN. ¡Carlota! (Se abrazan.)

MOSÉN Bueno, os dejo. Voy en busca de vuestros padres Mientras, resolved hijos míos, resolved volviendo la cara hacia los ojos de esa pobre pecadora, que inundados de lágrimas, porque os llevó a los dos en sus entrañas, espera su sentencia Sed piadosos; sed compasivos con ella; ¿verdad que lo seréis? ¡Cómo no, si es vuestra madre! Voy en su busca. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA VI

FERNANDO y CARLOTA

FERN. ¿Por qué lloras, Carlota mía?
CARL. ¿No sabes?
FERN. No, ¿qué?
CARL. Gregorito, el hermano de Victoria...
FERN. ¿Se puso peor?
CARL. ¡Ha muerto!
FERN. ¡Y ese miserable!.. Si no puedo... Son tantos los golpes recibidos que no sé cómo no me he vuelto loco... ¡Y esa pobre criatura!...
CARL. Le han ocultado la noticia porque así lo ha ordenao el médico. La madre, deshecha en lágrimas, vino a pedir justicia... a mis pies se arrodilló; dijo que no había justicia en la tierra si no castigaban a ese monstruo. Está como loca. La pobre no sé ni cómo vive. A su hija, con el mal parto que ha tenido, enfermica en la cama; por otro lao la gravedá del hijo, por momentos, y por último, su muerte.
FERN. ¿Y ella no sabe?...
CARL. ¿Que es Ricardo el causante de esos males? ¡No! ¿Y quién se lo va a decir?
FERN. Es verdad.
CARL. A gritos pide saberlo, pero...
FERN ¡Yo se lo diré!
CARL. ¿Tú?
FERN. Sí; ¡y con qué alegría va a salir su nombre de mi boca cuando se lo diga!
CARL. Fernando, ¿qué intentas?
FERN. Nada. (*Muy decidido.*) Hablemos ahora de lo nuestro.
CARL. ¿Qué quieres?
FERN. Escucha: si al nacer tú y al nacer yo, abandonados nos hubieran dejado en el arroyo y separados hubiéramos vivido toda la vida, al encontrarnos veinte años después, éramos hermanos porque por nuestras venas corría la misma sangre, ¿pero podía haber la castidad de cariño? No, ¿verdad? Si unido a esto añades el que estos hermanos, que ignorándolo han vivido toda su vida, se han tomado cariño engendrado por el deseo de

uno y otro, al saberlo de pronto, ¿puede desaparecer el deseo? No, ¿verdad? Luego tú y yo que nos hallamos en este caso, ¿podemos renunciar el uno del otro? Ya sé que me dirás que es repugnante si se piensa, ¿pero hay derecho a que nos hagan desistir? Cuando esto hubiera sido espontáneo en ellos, conformes; pero cuando sus almas conservan todo el fuego de la pasión como las nuestras, es inhumano separarlos y mucho más el declararles su hermandad.

CARL. ¡Fernando! ¿Qué dices?

FERN. Que mi pecho conserva aún todo el amor, todo el cariño, todo el deseo por la mujer: que mi corazón late porque aún abriga la esperanza de que aún serás mía y solo dejará de latir cuando tus labios pronuncien que no puedes ser mi esposa.

CARL. Es la vida de nuestra madre.

FERN. De la otra manera, es la mía. Escoge.

CARL. ¿Y qué voy a escoger yo, Fernando?

FERN. Yo no quiero por la fuerza. Si te entregas a mí lo quiero espontáneamente, por cariño.

CARL. Tú sabes que yo te tengo mucho.

FERN. Pero no es eso lo que yo quiero oir de tus labios. Por la fuerza, egoístamente, haría que te me entregaras en seguida, diciéndote que como estás no te querría nadie y que serías siempre una pecadora, pero ya te he dicho que así no te quiero. Contra todas las mentiras sociales está el amor, el amor puro; Carlota: fíjate si tú prefieres aquéllas por ésta; es tu infelicidad, si por el contrario, tú prefieres ésta por aquélla, podrás decir muy alto que fué por cariño hacia un hombre y que no te importa en absoluto una sociedad falsa y engañosa, cuando si todas las mujeres se entregaran como tú, no habría por qué preocuparse de ella ni aun de existir.

CARL. ¡Fernando! ¡Fernando!

FERN. Contesta.

CARL. Yo te quiero mucho, más aún; yo ciego por ti, *por el hombre*, pero pienso que hay una madre que muere y que su única salvación está en mis labios. ¡Me sometes a una prueba muy grande!

FERN. Mayor la he afrontado yo y no he dudado

un instante. ¿Porque no quiero a mi madre?... ¡No! Porque dudo que haya hijo que quiera más a su madre que yo quiero a la mía. ¿Por el afán de vivir?... ¡Tampoco!, porque sin ti mi cara no se hubiera sonrojado de vergüenza una sola vez, porque antes el plomo de una bala me la hubiera hecho palidecer para siempre. ¿Por egoísmo? ¡Sí! Por egoísmo de querer, de cariño por ti, alma pura, alma santa, Lota de mi vida.

CARL. No puedo más, Fernando, no puedo más.

FERN. Decide.

CARL. Es monstruoso.

FERN. Conformes.

CARL. Es negar la sangre de nuestra madre.

FERN. Conformes.

CARL. Es de malos hijos.

FERN. ¡No!

CARL. ¿Luego lo quieres?

FERN. Es mi vida.

CARL. ¿Y no pesará luego el fantasma de la madre sobre nuestras conciencias?

FERN. ¡Ella no le temió al de mi padre!

CARL. ¡Sé humano!

FERN. ¿Más?

CARL. ¿Estás resuelto?

FERN. ¿Y me lo preguntas? Nos iremos lejos, muy lejos de aquí; donde esta gente no pueda vernos ni saber de nosotros. Prepárate a dar un adiós a esta casona que te vió nacer, a todo cuanto te rodeó y hayas podido tomarle algún afecto, que mañana nuestros ojos se dirán que se adoran, mientras que una corriente impetuosa nos irá alejando de este antro de corrupción e infamias.

CARL. Ellos vienen.

FERN. Animo; valor, Lota mía.

CARL. Procuraré tenerlo.

ESCENA VII

DICHOS, AGUEDA, EMILIO y MOSEN FLORENCIO

AGUEDA (Saliendo seguida de los ya indicados y corriendo a abrazar a su hijo.) ¡Fernando!

FERN. ¡Madre!

AGUEDA (Abrazando a Carlota.) ¡Carlota! ¡Hija mía!

CARL. ¡Madre!

AGUEDA Hijos míos: ¿es verdad lo que mosén Florencio nos ha dicho? Mirad mi cara y contestadme. Ved este pedazo de tierra antes de hablar...

CARL. ¡Madre! ¡Madrecica mía!

AGUEDA No me matéis, hijicos míos... Vuestra viejecica os quiere mucho, quizás más de lo que suponéis; vuestra madre pagó ya su pecado.

EMILIO ¡Agueda!

AGUEDA Deja que hable. Hijos, hijicos míos; mi pobre corazón va muy pronto a dejar de golpetear en mi pecho; en vosotros está que esta ruina de carne que os dió la vida acabe los pocos días de vida que le restan en santa paz. Concedédmelos, por caridad; no por caridad a vuestra madre, sino por una pecadora que necesita el perdón de los ofendíos para que Dios la acoja en su seno.

CARL. ¡Madrecica mía!

EMILIO ¡Mujer!...

MOSÉN ¡Hermana!

AGUEDA La vida se me escapa; sé que no sobreviviré a tanta desgracia. Vosotros, que sois jóvenes, que vuestros corazones están vírgenes de penas y pesares, podréis afrontarlo, tiempo os queda después de mi muerte de hacer cuanto queráis; pero *ahora* no me abandonéis.

FERN. Si por cariño a usted fuera.. bueno estaba, que ningún hijo como yo querrá a su madre. Pero median muchas cosas más, madre, y con el corazón hecho pedazos, porque sé que con ello destrozo el tuyo, he de marchar, he de irme de aquí, porque así lo ha querido Dios.

AGUEDA Fernando... hijico mío... ten compasión de tu madre... No bajes la cabeza y mira mi cara... ¿No ves que a cada negativa tuya, por mis ojos, y convertío en lágrimas, va escapándose mi vida? Mírame, mírame; que si déspués de verme tienes corazón pa marcharte, vete, vete si quieres; pero reza por tu madre

FERN. No puede ser, madre, no puede ser. Yo bien quisiera; pero no puede ser.

AGUEDA ¿Y tú, hija mía? ¿También tienes corazón

como él pa abandonarme convencíos de que ya no me volveréis a ver?

CARL. ¡Madre! ¡Madre!... ¡Madrecica mía! ¡No me diga usté na a mí!

AGUEDA Ya sé que tú no me abandonarás, eres mujer y sé que no podrás decirle adiós pa siempre a este cacho de tierra que te dió la vida y que hoy implora unas horas de existencia.

CARL. Madre, yo...

FERN. (Que comprende lo que va a decir y haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar.) ¡Carlota!

CARL. (Comprendiendo a Fernando y viendo la realidad.) Tampoco yo puedo, madre; mi voluntad es hoy la suya, y...

AGUEDA Que no puedo más, hijos; que ya no puedo más.

CARL. ¿Usté cree que yo no sufro? ¿Usté cree que él no sufre también? Si sólo de pensar que Dios sabe cuándo volveré a verla...

AGUEDA Si os vais, ¡nunca!

CARL. No, madre, no; usté vivirá. Lo quiero yo, lo quiere él, sus hijos, y lo quieren tóos. Mírele usté a él y verá cómo le perdona... ¿No ve que también llora?

AGUEDA ¡Hija!... ¡Hijicos míos!

EMILIO Quedarse, hijos míos. ¿No veis que no puede más? Insultadme a mí, pegadme a mí, matadme si queréis ya que yo soy el único culpable; pero no abandonéis a esta vieja, a este viejo, que como el padre que más quiera a sus hijos os quiere a vosotros; pero no os marchéis.

(Pequeña pausa en la que no se oye más que la respiración fatigosa de todos producida per el llanto. El único que se conserva un poco tranquilo es Mosén Florencio, que, puestos los ojos en Dios, parece pedirle clemencia y valor para la pareja de viejos.)

ESCENA VIII

DICHOS y PERICO

PER. (Que entra por primera izquierda.) Señorito Fernando, que ahí.. (¡Contra! ¿Lloran o me lo figuro yo? Sí, lloran. ¡Cuando yo decía que en esta casa ocurría algo!...)

FERN. ¿Qué quieres?

PER. Que ahí están ya el señor Alcalde y los concejales que vienen a verle.

FERN. ¿Quieren entrar en la habitación un poco para que yo los reciba aquí o quieren que baje?

MOSÉN No: mejor será que aguardemos en una habitación de éstas.

FERN. ¿Qué les parece a ustedes, padres?

AGUEDA Lo que tú quieras.

FERN. Pues entren ahí un poco.

(Hacen mutis todos por segunda derecha menos Fernando y Perico.)

ESCENA IX

FERNANDO y PERICO

PER. (¡Ridiós! ¿Pus no lloro yo también? ¡Si seré bruto!)

FERN. Diles que suban.

PER. (Limpiándose los ojos con la manga de la camisa.) (¡Claro! Como no me han avisao, no he trujido pañuelo. ¡Menos mal que esto seca también!)

FERN. ¿Qué haces?

PER. Náa... que .. (¡Contra, que lloro!) (Mutis primera izquierda.)

ESCENA X

FERNANDO; en seguida el ALCALDE, RICARDO, el SECRETARIO y un CONCEJAL

(Pausa.)

ALC. ¿Si pué?

FERN. Adelante.

ALC. (Entrando seguido de los ya indicados.) ¿Cómo es que no hay nadie por abajo?

FERN. Están de trajín.

ALC. ¡Ah, vamos! Pues aquí venimos nosotros, tóo el Ayuntamiento en peso, a darte las gracias en su nombre y en nombre del pueblo agradecido a un hijo que, como tú, tan importante mejora ha introducido en él.

FERN. Y yo igualmente doy las gracias al señor

Alcalde y demás personas del Ayuntamiento del pueblo que me vió nacer por su atención para conmigo.

ALC. El Ayuntamiento agradecido.. el pueblo agradecido... No; agradecido yo.. Bueno. ¡Agradecido yo al que me diga lo que hi de contestar! (A uno de los que entraron con él.) Tú, secretario: contéstale tú, que a mí se me olvidó lo que traía aprendío.

FERN. No hace falta. Me bastan con las elocuentes y cariñosas palabras que el señor Alcalde, en su nombre y en el del pueblo, me ha dirigido, de las que estoy altamente satisfecho.

ALC. (¿A que resulta que soy un orador?)

FERN. Y espero que el banquete que hoy debe celebrarse en esta casa por iniciativa del señor Alcalde, sirva para estrechar más nuestras relaciones, de las que me siento honradísimo.

ALC. El honrado soy yo.

RIC. Y todos.

ALC. Tóos, no; porque acuérdate que éste (Por el Secretario) en su última liquidación nos robó catorce duros.

FERN. Y como ya se aproxima la hora de la comida, les ruego tengan la bondad de acomodarse, que en seguida bajo.

ALC. Pues vamos.

FERN. (Aparte a Ricardo.) Tú, espera.

ALC. ¡Vamos!

RIC. En seguida bajo.

(Hacen mutis todos menos Fernando y Ricardo.)

ESCENA XI

FERNANDO y RICARDO

FERN. Deseaba encontrarme a solas contigo y nunca mejor ocasión que ésta.

RIC. Tu dirás.

FERN. ¡Eres un canalla!

RIC. ¿Qué dices?

FERN. ¡Silencio! Eres un canalla; y si no quieres morir a mis manos como el más cobarde de los hombres, ya estás devolviéndole la honra

a esa desdichada Victoria y dándole padre a lo que tú engendraste.

RIC. ¡Eso es falso!

FERN. ¡Calla! ¡Calla, porque no voy a tener calma para contenerme y...!

RIC. Eso es falso, digo!

FERN. ¡Y yo te digo que te casas con ella, y te casas!

RIC. ¿Y quién eres tú?

FERN. Un hombre que se lleva una víctima tuya a cambio de tu vida o de la honra de esa mujer.

RIC. ¿Te has vuelto protector de seducidas?

FERN. No; me he vuelto protector de lo que no ha sabido respetar un mal nacido como tú.

RIC. Mide tus palabras, que soy hombre y no podré contenerme si me vuelves a insultar.

FERN. No solamente te insulto; es que también te mato si no te casas.

RIC. ¡Muy valiente te has vuelto!

FERN. ¡Si valiente es partirle el corazón a una hiena como tú, valiente! ¡Si es defender una mujer, hombre nada más.

RIC. Bueno: ¿qué es lo que pretendes?

FERN. Ya te lo he dicho Que yo me llevo a la que hay aquí, que me caso con ella sabiendo lo que tú has hecho, y que antes de marcharme quiero verte llevar al altar como esposa a Victoria, a la otra víctima tuya.

RIC. ¿Y quién eres tú para obligarme a ello?

FERN. Ya te lo he dicho: un hombre nada más.

RIC. ¿Y si yo me negara?

FERN. Te obligaría.

RIC. ¿De qué manera?

FERN. ¡A la fuerza!

RIC. ¿Cómo?

FERN. (Avalanzándose sobre él y atenzánadole el cuello con las manos.) ¡Así!

RIC. ¡Suelta!

FERN. ¡Cuando no te quede un soplo de vida!

RIC. (Ahogándose.) ¡Suelta!

(Luchando han caído los dos al suelo. Fernando, más que hombre, es ahora una fiera.)

FERN. ¡No! ¡Si has de morir! ¡Así! ¡Así!... ¡Muere! ¡Muere! ¡Los canallas como tú no pueden morir de otra manera que así... así.... (Después de levantarse dejando muerto a Ricardo.) Y ahora ya me voy tranquilo. Tú eras lo único

que me retenía en este charco cenagoso donde tanto desconocen el honor. Ahora ya puedo irme... (Llamando.) ¡Madre! ¡Carlota!... ¡Mosén Florencio! ¡Aquí! ¡Aquí todos!

ESCENA ULTIMA

FERNANDO, CARLOTA, AGUEDA, EMILIO y MOSEN FLORENCIO

CARL. ¿Qué tienes?
EMILIO ¿Qué pasa?
MOSÉN ¡Ricardo!
AGUEDA ¡Muerto!
FERN. ¡Muerto, sí! Yo le maté.
MOSÉN ¿Qué has hecho?
FERN. Vengar a dos mujeres. Matar al que deshonró a mi hermana.
MOSÉN ¿El?
FERN. Sí; como lo fué también de Victoria y el causante de la muerte de su hermano.
MOSÉN ¡Qué monstruo, Dios mío!
FERN. Y ahora ya podéis decirle a esa pobre mujer que en estos momentos llora la muerte de su hijo y la deshonra de su hija, que éste fué el causante de sus desgracias. Vámonos, Carlota.
AGUEDA No; no os marchéis.
FERN. Sí; nos vamos. Y ella será mi mujer; nadie la querrá más ni nadie como yo la hará más feliz. ¿Que estas leyes no nos lo permiten? Pues para vosotros. No las quiero. Nosotros al extranjero. Allí serás mi mujer ante Dios y ante los hombres. Y no te importe que por nuestras venas corra LA MISMA SANGRE. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

NOTA

El autor consiente, contra su voluntad, a que finalice la obra con el cambio siguiente:

ESCENA ULTIMA

FERNANDO, CARLOTA, AGUEDA, EMILIO y MOSÉN FLORENCIO

CARL. ¿Qué tienes?
EMILIO ¿Qué pasa?
MOSÉN ¡Ricardo!
AGUEDA ¡Muerto!
FERN. ¡Muerto, sí! Yo le maté.
MOSÉN ¿Qué has hecho?
FERN. Vengar a dos mujeres. Matar al que deshonró a mi hermana.
MOSÉN ¿El?
FERN. Sí; como lo fué también de Victoria y el causante de la muerte de su hermano.
MOSÉN ¡Que monstruo, Dios mío!
FERN. Y ahora ya podéis decirle a esa pobre mujer que en estos momentos llora la muerte de su hijo y la deshonra de su hija, que éste fue el causante de sus desgracias.
AGUEDA Hijo... hijo; ¿qué has hecho?
FERN. ¡Matar, madre; matar! Saciar mi sed de venganza; librar a la humanidad—que hoy me roba la única ilusión de mi vida—de un cobarde, de un canalla.
AGUEDA ¿Luego renuncias?
FERN. ¿A casarme con la mujer que quiero con toda mi alma? ¡Y qué remedio! Que vengan ahora todos, que me prendan, que me maten si quieren; todo lo acato gustoso, después de ver tendido a mis pies para siempre a quien deshonró a mi hermana. ¡Que vengan y se ceben cuanto quieran en esta víctima de la humanidad! ¡Que vengan!... ¡Que vengan! (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Obras de José María Garrido

Entre empresario y actriz. Juguete cómico en un acto y en prosa, original. Teatro Romea. Valencia.

¡¡Bocucha!! Viaje cómico en un acto y en prosa, original. Teatro de las Cortes, San Fernando.

Paces. Paso de comedia, original. Teatro Olympia. Valencia.

El plát del día. Comedia valenciana en un acto y en prosa, original. Salón Novedades. Valencia.

El Trueno. Casi sainete en un acto y en prosa, original. Teatro Municipal. Santa Cruz de Tenerife. (Segunda edición).

El gran Meloni. Inocentada en un acto, original. Salón Imperial. Algeciras.

La misma sangre. Drama en tres actos y en prosa, original. Teatro Real. Gibraltar.

El plato del día. Comedia en un acto y en prosa, original. Teatro España, Larache.

Precio: DOS pesetas